

nombre á la hostería, y que, en efecto, era una real moza. Llamábanla Jacinta la Vasca; tenía apenas veintiocho años, y era una soberbia y gallarda muestra de esa raza viril y altiva que se preocupa tanto de ser española como de ser francesa, pues desea ser simplemente vascongada. Para verla y admirarla acudían gentes de Pau y de Hendaya, de Pamplona, y hasta de Burgos; los muleteros navarros repetían su nombre por las sierras, y más de un señor castellano había cabalgado para hacer ostentación ante su hostería de las espuelas de oro que calzaba.

Nadie, sin embargo, podía jactarse de haber obtenido sus favores. Decíase que era casada; pero nadie conocía á su marido. ¿Tenía novio? Se ignoraba. Todas las semanas, el mismo día, entregaba el manejo de su posada á un titulado hermano suyo, y se marchaba hacia los valles vascos con el puñal á la cintura. Varios intentaron seguirla, y amanecieron muertos en una calleja bayonesa con una tremenda puñalada entre los hombros. Al otro día la hostelera volvía á su puesto como si tal cosa.

En resumen, como había nacido y criádose puede decirse en Bayona, era hermosa, discreta, honesta al parecer, y no hacía mal á nadie, todos en la ciudad la querían y elogiaban su valor y su honradez.



## V

### Jacinta la Vasca.

Á casa de ésta fué adonde llevó Peyrolles á sus compañeros. Aurora y doña Cruz fueron conducidas á un cuarto muy limpio del primer piso, desde cuya ventana se divisaba el mar á la pálida claridad de la Luna. Ambas se asomaron á la ventana, y por un instante contemplaron en silencio la inmensidad del Océano, escuchando el rumor de las olas. En el piso superior oíanse las voces de los clientes de la sala común de la posada.

Gonzaga permitió que les subieran la comida á su cuarto. Estaban tan cerca ya de la frontera, que bien podía aflojar un poco la vigilancia. La verdad es que prefería dejarlas solas á exponerlas á oír las conversaciones demasiado li-

bres de los gentiles hombres que le acompañaban.

Mientras Peyrolles conversaba aparte con la huésped y parecía darle instrucciones importantes, los jóvenes echaron pie á tierra é invadieron la sala. La Vasca acogió á Gonzaga y á su cuadrilla con encantadora sonrisa, y su voz clara dominó el ruido de las espuelas y las espadas.

—¡Vive Dios!—dijo Lavallade.—¡Si no hemos entrado en el antro de los misterios, afirmo que esta mujer es la más bonita que en mi vida he visto!

Montauber exclamó fanfarronamente y en voz alta que por aquella mujer estaba dispuesto á sacrificar dos castillos que no poseía, y tres granjas de Beauce de que acababa de desheredarle su tío. Turanne buscaba en el bolsillo de su ropilla sus acciones azules, que, si gozaban de gran favor en París, en Bayona estaban muy desacreditadas, prefiriendo todos los luises franceses y los doblones españoles.

—¡Por las musas!—juró el barón de Batz, pronunciando, según su costumbre, las *pes* como *bes*, las *ves* como *efes*, las *elles* como *yes* y las *des* como *tes*.—¡Es la misma Venus, hostelera! ¡Lástima que yo no sea Cupido!

Oriol, extenuado y baldado de agujetas por el

viaje, la declaró digna rival de la Nivelles, y Nocé dijo:

—Caballeros, si estuviera aquí monseñor el Regente, nos pondría á todos en la puerta.

Sólo Peyrolles callaba; pero sus miradas eran sobrado elocuentes. Si, como decían, la hermosa hostelera hacía pagar las miradas y sonrisas de los huéspedes, la cuenta de Gonzaga iba á subir bastante, pues su mayordomo no cesaba de mirarla. Sólo el Príncipe reparó en ello; pero todo era una simple consecuencia de la conversación tenida por ambos aparte, y en la cual el factótum, más prudente que su señor, había encargado á la Vasca que vigilase muy atentamente á las doncellas, respecto de las cuales inventó con muchos pormenores una historia á la cual sólo faltaba que fuera cierta.

—¡Á la mesa!—dijo Gonzaga.—Caballeros, os permito que os embriaguéis esta noche, como despedida, antes de dejar el reino que muchos de nosotros, acaso ninguno, hemos de volver á pisar. Tanto monta dejar los huesos á orillas del Tajo ó á las del Sena; pero los nuestros no están próximos á mostrarse en unas ni en otras.

Como invitación á beber, era bastante macabra. Al Príncipe le gustaba ver las impresiones que al evocar el espectro de la muerte

ofrecían los semblantes de sus bravos, y creía que de este modo los llevaría donde se le antojara, enardeciendo su valor.

—¿Qué, señores?—prosiguió, observando que los rostros se tornaban sombríos.—¿Por ventura os disgusta abonar con la grasa de vuestro cuerpo la tierra española? En tal caso, todavía estamos en Francia, y sois libres de pasar conmigo los Pirineos ó de volveros á París para ver si alguien os ofrece mayores ventajas que yo.

Los aventureros hicieron protestas, aunque sin mucho calor; pero Felipe de Mantua las tuvo por excelentes.

—En tal caso—añadió,—puesto que nadie tiene interés en alojarse temporalmente en la Bastilla, cenemos. Y como esta cena será la última que hagamos en el territorio que gobierna mi buen hermano Felipe en nombre de su rey, que mañana ya no será nuestro rey, es necesario que sea un verdadero festín.

Todos aprobaron, hasta Oriol, el que más había temblado ante la perspectiva de dejar su esqueleto á orillas del Tajo, y que disipó las nubes que quedaban en la frente de sus compañeros diciendo:

—¡Bueno, muy bueno es cenar opíparamente! Pero ¿dónde están las damas que han de acompañarnos á la mesa?

—¡Brindo—exclamó Montaubert—por aquel de nosotros que conquistó á la hostelera! Es un bocado de cardenal, que espero saborear yo solo. Apuesto, pues, á mi favor.

—¡Y yo en contra! ¡El favorecido seré yo!

—¡Sois unos fatuos!—replicó Nocé haciendo un gesto desdeñoso.—Como monseñor Gonzaga no la acote para sí, no apuesto por ninguno de vosotros. El que roba á un ladrón...

Peyrolles sonreía en un rincón. El Príncipe habíase acercado á la ventana, y aspiraba el aire húmedo que llegaba del Océano.

Para llegar á la sala que ocupaban habían pasado por la cocina de la hostería, atestada de gente que hablaba diversas lenguas. Serían unos cincuenta individuos de profesiones indefinibles, parroquianos de la casa y respetuosos con la hostelera al extremo de que no se hubieran permitido hablar si la Vasca les ordenara callarse. Así habían dejado pasar á los *enrodados* de Gonzaga sin burlarse de su aspecto de petimetres ni dejar de jugar sus partidas de dados ó de beber.

—¡Vino! ¡Platos! ¿Dónde están las mozas que han de servirnos?

—¿Mozas? ¡Ni pensar! Os serviré yo misma, nobles caballeros; pero me permitirán vuestras mercedes que atienda primero á las dos damas

que están arriba. Es costumbre en Bayona, y creo que en todas partes también.

Una mirada de Peyrolles aprobó lo dicho por la hermosa hostelera, que se fué tranquilamente.

Aurora y doña Cruz seguían asomadas á la ventana. La Vasca las contempló con la compasión que inspira la debilidad á la fuerza, y al ver el melancólico semblante de la Duquesita se fundió cuanto Jacinta tenía en su alma de brusco y bravío. Instintivamente comprendió que Peyrolles era un canalla, y que la presencia en su hostería de las dos doncellas ocultaba un misterio, tal vez un drama. Y como aunque las mujeres se arañen entre sí por cuestiones fútiles ocurre todo lo contrario cuando el amor y los celos no las enemistan, la Vasca se puso desde luego de parte de aquellas dos criaturas, cuyo padecimiento era visible, y en contra de los hombres, poderosos y seguramente cobardes. Y la huésped, que se sublevaba ante toda injusticia, era muy capaz de hacer cualquier barrabasada por el triunfo del derecho y la verdad contra la violencia y la mentira.

Las prisioneras no sospechaban que tenían en ella una aliada preciosa y desinteresada.

—Comed, señoritas—les dijo.—Volveré luego. Sobre todo, no se acuesten antes de que haya podido hablaros.

Doña Cruz la miró fijamente. ¿Sería un lazo? Jacinta comprendió.

—No dudéis de mí. Los vascos somos leales.

Y desapareció para atender á los *enrodados*, que se impacientaban. Hacía tantos días que no habían tratado de amor, que se les hacía la boca agua y querían contemplar á la hermosa vasca. Parecían locos, incluso Gonzaga y Peyrolles. Al aparecer fué saludada con delirante entusiasmo. Los aventureros habían bebido bastante; y como llevaban doce horas sin comer, el alcohol se les subió más pronto á la cabeza.

—¡Hola, hermosa!—exclamó Montaubert.—¿Crees que hemos venido aquí con el exclusivo objeto de contemplar tus sonrosadas mejillas? ¡Pardiez! ¡Las besaré de buena gana si te agrada; pero antes necesito comer y beber! Se enamora uno con mayor fuego cuando ha comido. ¿No te parece, Oriol?

—¡Bah!—contestó Nocé.—¡Oriol se enamora lo mismo cuando ha bebido que cuando no! ¡En cambio, ninguna mujer se enamora de él!

El interesado no respondió. Habían vuelto á asaltarle pensamientos sombríos, y no comprendía la chacota cuando se va huyendo.

La bella hostelera se puso en jarras y miró á todos con mirada insolente y desdeñosa, sin fijarse particularmente en ninguno.

—¿Qué desean vuestras señorías?—preguntó.  
—Tengo jamón del país, pollos á la chilindrón, aragoneses, ó sea con tomate; huevos, salmones del Ebro, venado de los Pirineos, y puedo haceros gazpacho andaluz.

—¡Vaya por el gazpacho!—dijo Nocé una vez que la huésped le explicó en qué consistía dicho plato.—Lo sazonarás con una sonrisa tuya, y á todos nos parecerá excelente, aunque sea, como me lo figuro, la más execrable de las medicinas. Pero antes tráenos jamón, pollos; algo sólido.

—¿Qué vinos, señores? ¿Chacolí de Alava? ¿Pedro Jiménez? ¿Alicante?

—Tráenos de los tres—dijo Gonzaga;—pero pronto. Estos señores tienen hambre, y todavía más que hambre, sed.

Un cuarto de hora después comenzaban á comer, y parecía que no iban á saciarse nunca. El ruido de los tenedores y cuchillos había reemplazado á las conversaciones y á las risas. Hacía ya dos horas que devoraban de todo cuanto había en el mesón, ya satisfecho el estómago, aunque siempre con ganas de beber, volvieron á hablar de la conquista de la hostelera.

En la sala común las mesas habían ido desocupándose: sólo quedaban algunos contrabandistas españoles jugando á los dados.

Peyrolles se levantó, y dijo algo al oído del Príncipe; luego se preparó á salir de la estancia.

—¿Qué es eso? ¿Peyrolles quiere soplarnos la dama?—clamaron todos.—¡No lo permitimos; la lucha debe ser aquí, ante todos!

—Tranquilizaos, señores: yo por mi parte renuncio á competir con vosotros en la conquista.

Y dicho esto dirigióse á la sala baja, situándose detras de los jugadores. Éstos no parecieron preocuparse de él, y en vista de ello se arriesgó á decir:

—Veo que sois jugadores excelentísimos, señores.

—¡Bah! Nos distraemos, y nada más.

—¡Soberbia distracción, vive Dios! Yo soy jugador empedernido, y por una partida de dados despreciaría una cena en el palacio del Regente. ¿Me permitís que sea de los vuestros, caballeros?

Y sacó un puñado de oro, que puso sobre la mesa.

—Juego dos luises contra cada doblón de España: porque no hay más que ver á vuestras señorías para comprender que son españoles.

Los jugadores se inclinaron.

—¡Vino, posadera!—gritó Peyrolles.—¡Y del mejor que tengáis en vuestra bodega, porque quiero obsequiar á estos caballeros!

La hostelera era lista. Comprendió que el juego era un pretexto y que el mayordomo no se había acercado á aquellos hombres por el gusto de hacerles compañía, y se propuso saber lo que tramaba el factótum del Príncipe, retirándose á la cocina en cuanto les sirvió de beber. En la cocina había un ventanillo que daba á la sala común, y cuya existencia no sospechaba Peyrolles.

Éste se dejó ganar varios puñados de luises, con gran contento de sus adversarios, á quienes servía de beber muy á menudo. Cuando creyó el momento propicio les dijo en voz baja:

—Caballeros, ahora os juego la vida de un hombre.

Todas las manos se dirigieron á los bolsillos donde guardaban las navajas, arma apreciadísima por todo buen español.

—¿Dónde y cuándo? —preguntó lacónicamente el que parecía jefe de la banda.

—En la garganta de Pancorbo, cuando llegue.

—¿Y cuándo llegará?

—Lo más probablemente, mañana, pasado quizás. Pero tendrán que aguardarle desde mañana.

—¿Llegará solo?

—Con otros dos, acaso tres; pero sólo pago su muerte, la de él. La pagaré bien.

—¿Cuánto?

—Cinco veces la cantidad de oro que puse sobre la mesa esta noche, y que os he dejado ganarme. Pagaré en el acto que me traigan la prueba de su muerte.

—¡Trato hecho! ¿Quién es el difunto?

—El caballero Enrique de Lagardère, hombre de treinta y ocho años, rubio, de bigotes retorcidos con guías al viento: su acero es uno de los más temibles de Francia.

—¡Bah! ¡Donde estén nuestras navajas!... Operan sin chis chas, y ninguno que haya sido tocado por ellas ha podido levantarse para contarlo.

—Sólo sois cinco. Tendréis que buscar más gente.

—¿Para qué? ¡Si ellos son cuatro, aún sobra uno!—exclamó Pérez el *Navarro*, jefe de los demás.

—Creed lo que os digo. Probablemente, no serán más que tres; pero él solo vale por diez lo menos.

Se miraron incrédulos los españoles.

—¿Puedes contar con más hombres?

—Con cincuenta, si quiero, dentro de una hora. Los mendigos de las Vascongadas, Navarra y Aragón tienen todos su navaja correspondiente, y hay entre ellos y nosotros un pacto secreto—dijo Pérez encogiéndose de hombros con desdén.

—Pues bien; reuníos cincuenta, y aún así, quiera Dios que no haga el Diablo que escape vivo.

—¡Cincuenta contra cuatro! ¡Sería un asesinato!—insistió Pérez despreciativamente.

—Cincuenta dije—prosiguió Peyrolles con tono glacial,—y añado que han de ser cincuenta hombres valerosos y resueltos.

—¡Por el Cristo de Vergara! ¡Ni que fuera el mismísimo Satanás!

—Pariente próximo. Cuando se bate es terrible. Supongo que no por eso tendréis miedo.

Las miradas de todos centellearon. Se necesitaba toda la audacia del mayordomo de Gonzaga para decir á contrabandistas navarros que podrían tener miedo.

—No tenemos miedo ni á él ni á nadie. Tanto más, cuanto que en el desfiladero de Pancorbo puede detenerse á un ejército entero; pero hay una cosa en que tal vez no habéis pensado, monseñor.

—¿Cuál?

—Que la parte de cincuenta no es igual que la parte de cinco. Hay que verlo todo, y hablando se entiende la gente.

—Tenéis razón, y triplico la suma. Quizás la multiplique por diez cuando me llevéis su espada á Zaragoza.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VI

### Una mujer contra ocho hombres.

Jacinta no había perdido una palabra de la conversación, y reflexionaba que la historia que le había contado Peyrolles al llegar no tenía nada que ver con el cobarde complot urdido. Hacía mucho que conocía al mayordomo. La primera vez era muy niña, y como no desconfiaban de ella, se enteró de que había fracasado en Benasque el rapto de una joven, y oyó nombrar varias veces á Lagardère. Aquella vez los viajeros le hicieron varias finezas, de que la Vasca conservaba buen recuerdo.

Ella misma había recordado todo esto á Peyrolles al volver á verle después de tantos años, lo que no hizo maldita gracia al factótum; pero improvisó inmediatamente su novela, y merced